



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Departamento de Filosofía

FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

VII° Jornadas de Investigación en Filosofía

DE PROFESORES, GRADUADOS Y ALUMNOS

Ponencia:

“Rafael Barret, una incómoda
anomalía para *La Ciudad Letrada*”

Juan Manuel Fontana

juanmanuelfontana@yahoo.com.ar

Prof. en Filosofía

(UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA)

RAFAEL BARRET, UNA INCOMODA ANOMALIA PARA *LA CIUDAD LETRADA*

- I. Prólogo
- II. La intelectualidad moderna bajo el prisma de Rama
- III. Rama vs. Henríquez Ureña: una polémica fecunda
- IV. Ah! ... Rafael Barret, ¿servidor del poder hegemónico?
- V. ¿Cómo dice... don Ángel?
- VI. La heterodoxia en el periodismo de Barret
- VII. La literatura de ideas en Barret
- VIII. A modo de conclusión
- IX. Bibliografía

I. Prólogo

No son pocas las objeciones a la concepción del rol de las elites culturales latinoamericanas que Rama despliega en *La ciudad Letrada*¹. En cualquier caso, una perspectiva que acaba postulando (con escasas e irrelevantes salvedades) la histórica subordinación del mundo letrado al poder hegemónico, no podía menos que provocar fecundas controversias.

Uno de los problemas fundamentales de la teoría excesivamente reproductivista de Rama, reside en las dificultades que tiende a mostrar a la hora de reconocer la existencia de prácticas discursivas alternativas, contestatarias e indóciles, respecto del poder. Y aun cuando Rama se resiste a encorsetar a los letrados en los moldes del marxismo ortodoxo, concediéndoles un margen de autonomía relativa (*están sujetos a y son portadores de un poder dominante*), nunca deja de concebirlos como funcionarios dependientes de un poder real.

Se trata entonces de fabricar un diálogo entre la noción de letrado moderno, desarrollada por Ángel Rama en los tramos finales de *La Ciudad Letrada*, y la praxis

¹ En un brevísimo recorrido por las voces críticas, se puede advertir que las categorías básicas de la teoría de Rama (“ciudad letrada” y “letrado”) han sido impugnadas por su carácter transhistórico y homogeneizante (Ramos), o bien, reformuladas con el afán de neutralizar su lógica representacionista (Castro-Gómez).

discursiva de uno de los escritores más emblemáticos y, a la vez, más olvidados de la modernidad latinoamericana: Rafael Barret.

II. La intelectualidad moderna bajo el prisma de Rama

En los capítulos finales de *La ciudad letrada* Rama señala que no fueron sino los procesos de “modernización internacionalista” (1870-1920) los que decidieron la futura suerte del subcontinente. Es allí donde se establecerían “las bases de la actual América Latina”². Conciente de la enorme importancia de este aserto, Rama vuelve la atención sobre su objeto de estudio, y se pregunta por la evolución de la ciudad letrada, por su rol y su vigencia, por las resistencias u oposiciones que debió enfrentar, durante el trascendental periodo de integración latinoamericana a la “economía-mundo” de occidente. Advierte, pues, que, desde el marco culturalista que rige su análisis, debe conceder especial importancia a la relación de los letrados con la política, “componente [inseparable] de la cultura”.

Rama pinta a trazo grueso la imagen del período. La modernización social en Latinoamérica acarrea una creciente complejidad de la estructura socioeconómica, derivada de una división del trabajo cada vez más rígida. Y si la tendencia hacia la especialización responde a una demanda en aumento de saberes específicos, en las sociedades latinoamericanas se registra un proceso de profesionalización que se traduce en la diversificación de las orientaciones universitarias. En consecuencia, paulatinamente se va debilitando la capacidad del letrado para ejercer su antiguo dominio sobre “el orbe entero de las letras”. Y este fenómeno de rigurosa demarcación de viejas y nuevas disciplinas intelectuales conlleva la emergencia de una vasta gama de profesionales: historiadores, sociólogos, economistas, literatos y politólogos, además de políticos.

Pero Rama adelanta que la política, como campo donde se dirime la *res publica*, continua concitando el interés y la participación de actores procedentes de diversas disciplinas. ¿Cuáles fueron los elementos contextuales que propiciaron este escenario inclusivo, de activa y heterogénea participación en los asuntos públicos? Entre los más relevantes, Rama menciona los siguientes: el clima de pacificación social (resolución de las guerras civiles y consolidación de los sistemas políticos republicanos); la expansión

² A. Rama, *La ciudad letrada*, Fundación Ángel Rama, Montevideo, 1984, p.113

del periodismo como foro de discusión pública (espacio privilegiado del debate partidario); el aparato estatal, cada vez más visible como fuente de disputas por el poder; y, por último, el desembarco de las recientes doctrinas sociales (anarquismo, socialismo, comunismo).

Y es que Rama se propone “revisar ese lugar común” según el cual los escritores modernos, en aparente sintonía con los procesos de profesionalización, se habrían encerrado en su propia parcela literaria, alejándose, sin más, de la política. Por su parte, sostiene que los escritores acompañaron la división del trabajo en curso e hicieron de su producción intelectual una profesión. Y si tanto poetas como ensayistas concedieron mayor importancia a los productos de su propia actividad profesional, en tanto contribuciones socialmente más valiosas que sus intervenciones públicas (consideradas como un gasto de energía extra), lejos estuvieron de mostrar indiferencia respecto de la política.

Así pues, Rama aborda el período desde una “doble perspectiva”. Hay especialización, es decir, profesionalización de la literatura como disciplina autónoma que exige “fundados conocimientos y aun raros tecnicismos”, pero, también, activa participación en el foro público. Y, según Rama, esta participación podía incluso llegar a decidir el “destino personal” de los letrados³.

III. Rama vs. Henríquez Ureña: una polémica fecunda

La crítica de la posición defendida por Pedro Henríquez Ureña, es la ocasión de la que se sirve Rama para explicitar su propia concepción de los escritores modernos. Y es allí, en efecto, donde el andamiaje conceptual que articula el discurso de Rama muestra algunas deficiencias. Al incurrir en una serie de precisiones y ejemplos que buscan validar su posición y desacreditar, al mismo tiempo, la de su rival, el ensayista uruguayo deja traslucir ciertas incongruencias y limitaciones propias de su enfoque teórico. La inobjetable relevancia de la discusión planteada por Rama, impone, por tanto, su reconstrucción detallada.

Si Rama se había propuesto estudiar, a instancias de su perspectiva culturalista, la estrecha relación de los letrados modernistas con la política, no puede dejar de rivalizar, entonces, con la visión del modernismo latinoamericano como periodo de “literatura

³ A. Rama, *La ciudad letrada*, op. cit, p.116.

pura” defendida por Henríquez Ureña. Es claro: sobre la base de aquella perspectiva ambivalente, lejos de concebir a los escritores de la época como literatos puros, como hombres de letras desvinculados de la política, Rama asume como un hecho incontrovertible que “la mayoría intervino en política o no dejó de escribir sobre temas políticos”⁴. Y no vacila a la hora de ofrecer, en apoyo de su tesis, un importante número de casos que, no obstante, tornan su argumentación un tanto inconsistente. Antes de avanzar sobre los nombres de la problemática lista, conviene desandar el razonamiento de Rama para obtener mayor claridad respecto de su posición.

En un principio, Rama sugiere que el desacuerdo con Henríquez Ureña es meramente superficial. En este sentido, evalúa el trabajo del ensayista dominicano como un “excelente resumen” del periodo que, lamentablemente, se encuentra precedido por un título “poco feliz” (“Literatura pura”)⁵. Sin embargo, enseguida se puede advertir que la polémica entre ambos es tanto más espesa por cuanto acaba remitiendo a diversas concepciones acerca del rol de los letrados latinoamericanos. Y si Henríquez Ureña, citado por Rama, llega a postular la inocencia política de estos “hombres de profesiones intelectuales” que, según afirma, decidieron (a lo largo del período) alejarse de la esfera pública para entregarse de lleno al cultivo de sus propios dominios culturales, en respuesta al pasaje citado, Rama dibuja, con perfecta asimetría, el retrato antitético del letrado modernista.

Conviene insistir. Ambas posiciones representan opciones antinómicas, polares, que sustentan la descripción de escenarios radicalmente opuestos. Al politizar a los letrados de la época, Rama ejecuta una doble operación dialéctica: impugna la validez del cuadro ofrecido por Henríquez Ureña, y, a la vez, prepara el terreno para su concepción del letrado moderno como ideólogo del poder.

IV. Ah! ... Rafael Barret, ¿servidor del poder hegemónico?

¿Cuál es el argumento central por el que el ensayista uruguayo acaba desestimando la visión de Henríquez Ureña? Es claro, Rama apunta a la innegable influencia del mito “diseñado, argumentado y difundido” por los propios intelectuales, en base al cual estos habrían podido autorepresentarse como expertos en materia de asuntos públicos. No es sino la constatación de la pervivencia de este “tenaz” mito lo

⁴ A. Rama, *La ciudad letrada*, op. cit, p.117.

⁵ A. Rama, *La ciudad letrada*, op. cit, p.116

que le permite explicar la masiva participación de los letrados modernos en política. Rama deconstruye el mito. Heredado de Francia en la fase inicial de los procesos de independencia, consolidado, luego, por la tradición liberal decimonónica, la fuerza de ese mito continuó, según él, plenamente vigente durante la modernización, al punto de que logró guiar la conducta de sus escritores, calando bien hondo, por lo demás, en “la acrecentada *falange* de los ensayistas”⁶. ¿Quiénes fueron los ensayistas que formaron filas en ese ejército de letrados cuya producción supo concentrar “el grueso de la *actividad escrituraria* de la época”? Rama ofrece una lista que, lejos de toda exhaustividad, resulta, empero, reveladora: José E. Rodó, Francisco Bulnes, Baldomero Sanín Cano, Carlos Arturo Torres, Francisco García Calderón, Rafael Barret, José Ingenieros y Alcides Arguedas. Junto a poetas, novelistas y a otros ensayistas (que no se mencionan), todos ellos integraron, según Rama, el equipo intelectual de la moderna ciudad letrada. ¿Cómo impactan estas apreciaciones en el contexto general de la obra?

Como se sabe, en *La ciudad letrada* Rama trabaja el rol sociopolítico de las elites culturales latinoamericanas en términos de aquellas tareas simbólicas o escriturarias que, históricamente, los letrados desempeñaron en favor del poder hegemónico. A lo largo de su ambicioso recorrido, que se extiende desde la conquista hasta la década de 1970, Rama observa que los letrados cumplieron ese papel según distintas estrategias discursivas que les permitieron legitimar las estructuras de dominación social. ¿Cuáles fueron estos diversos tipos de discurso hegemónico que determinaron los emplazamientos enunciativos de los letrados latinoamericanos? Tal como lo recuerda Altamirano, se trata, en primer lugar, del “discurso religioso de dominación” vigente durante la colonia, y, luego, de “los discursos ideológicos modernos” que, a partir de los procesos de independencia, vendrían a reemplazarlo⁷. En consecuencia, al afirmar que aquellos ensayistas fueron los que, en los albores del novecientos, ejercieron, bajo la influencia de aquel mito importado, el monopolio de los servicios escriturarios, Rama no hace más que atribuirles la función de ideólogos del poder.

Aquí vale recordar que, al polemizar con Henríquez Ureña, Rama desacraliza y, aún más, condena los efectos de esa masiva intervención de los letrados modernos en los asuntos públicos⁸. Esto se debe, principalmente, a que observa un sesgo político

⁶ A. Rama, *La ciudad letrada*, op. cit, p.117.

⁷ De esta forma, agrega Altamirano, “de la empresa de evangelizar se pasa a la de educar”. C. Altamirano, “La lección de escritura” en *Prismas: revista de historia intelectual*, n° 10, Bernal, UNQ, 2006, p.177

⁸ Por un lado, el americanista dominicano registra un proceso de homogeneización de la política al que valora negativamente en cuanto a sus consecuencias: dado el repliegue de los intelectuales hacia sus

común al desempeño profesional de cada uno de estos ensayistas: unánime, uniforme e inevitablemente, sostiene Rama, ellos ejercieron una “nueva función” político-cultural al servicio del poder, una “función ideologizante”⁹. ¿Pero cuáles son las implicaciones concretas de esta visión desencantada y reprobatoria del papel de los escritores modernistas? ¿Acaso no muestra fisuras? ¿Resulta plausible sostener, con Rama, que todos y cada uno de los ensayistas mencionados se entregaron al ejercicio de esta “función ideologizante”? ¿Cuál puede ser la verosimilitud de un argumento que refiere prácticas discursivas en extremo heterogéneas, como las de Francisco Bulnes y Rafael Barret, a idénticas orientaciones políticas y culturales? Tan disímiles figuras del ensayismo latinoamericano parecen haber representado, en cambio, diversas e irreconciliables maneras de posicionarse frente a la *res pública*. ¿Cómo se explica esto? ¿Acaso Rama no logró encontrar diferencias sustanciales en el desempeño de ambos intelectuales?

De manera general, resulta incomprensible la mención de Barret junto a ensayistas que, siguiendo al autor de *La ciudad letrada*, acompañaron desde arriba el proyecto del estado modernizador. Porque si todos ellos desempeñaron cargos políticos y, específicamente, cumplieron “funciones escriturarias” al servicio del aparato estatal, mal puede decirse lo mismo de Rafael Barret, quien, sobre la base de su credo libertario, abominó de la política, del principio de autoridad en que creyó ver legitimada su práctica, y, en consecuencia, optó por una disidencia militante desde la periferia de la moderna ciudad letrada¹⁰. Desde esa posición marginal, su pluma no vaciló al denunciar

respectivas esferas, no pudieron ser sino los políticos de oficio los únicos encargados de la administración y legitimación del poder estatal. Y, a este respecto, juzga que “nada se ganó con ello, antes al contrario”. Por su parte, la versión de Rama sostiene que no hubo tal homogeneización. Echando mano del latiguillo de su interlocutor, Rama apunta con ironía que, a juzgar por sus efectos, la clara politización de las elites culturales resulta igualmente condenable. Cfr. A. Rama, *La ciudad letrada*, op. cit, p.117-118.

⁹ A. Rama, *La ciudad letrada*, op. cit, p.118.

¹⁰ En primer lugar, Barret prácticamente no aceptó cargos públicos. Y cuando lo hizo, fueron extremadamente breves e inocuos. En 1905 trabajó en la Oficina General de Estadística. Luego, en 1910, durante su efímera estadía en Europa, antes de morir, apenas si cumplió funciones como “propagandista paraguayo”. Por lo demás, Barret no dejó de pronunciarse de manera concluyente respecto del tópico en cuestión. “En resumen –decía en 1907-, es forzoso desinfectar la generación presente y educar la generación venidera en el alejamiento de la política y en el desprecio del poder” (“El virus político”). Y, en “La instrucción y la política”, agregaba, enfático: “¡Ser amigo del poder! No hay más que una amistad posible con los poderosos: la esclavitud”. Cfr. R. Barret, *El dolor paraguayo*, Biblioteca Ayacucho, Venezuela, 1978, pp. 95 ss. y 101 ss.

No es esta la ocasión propicia para discutir si Rama hace justicia a la situación un tanto más ambigua de Ingenieros. Brevemente, cabe apuntar que si, desde su reformismo sociológico, Ingenieros pudo criticar el carácter represivo de algunos artículos del proyecto de Ley Nacional de Trabajo (Vg.: la subrepticia inclusión de la Ley de Residencia), a la vez, no dudó en sostener una concepción elitista del progreso (con el típico “desdén hacia las multitudes iletradas”). Y si, en torno a la cuestión de la nacionalidad argentina, se inclinó a valorar positivamente la figura del inmigrante, lo hizo desde una perspectiva etnocentrista que

los negocios esclavistas auspiciados por los distintos regímenes de turno, bajo la necesaria complicidad de los “doctores” serviles. En suma. Simplemente parece absurdo sugerir que un escritor de la talla de Barret, cuya praxis se opuso tajantemente a la de quienes no pretendieron sino infiltrarse en las estructuras de poder, pudiera colaborar en la tarea de legitimación simbólica de las modernas condiciones de dominación social.

Pero, ¿es esto realmente lo que Rama pretende sostener? ¿Es lógico pensar que Rama, uno de los integrantes de la comisión que se encargó de editar, en el marco del proyecto editorial americanista de la Biblioteca Ayacucho, buena parte de la obra de Rafael Barret, no fuera capaz de evaluar acabadamente el carácter contestatario de su discurso? ¿O debe aceptarse, sin mayores dilaciones, la posibilidad de que, aun conociendo los pormenores de la praxis político-literaria de este español, nacido en Torrelavega, ingeniero de profesión y paraguayo por adopción, quien por lo demás llegó a convertirse en un hombre de letras respetado y admirado por los intelectuales más destacados de la escena cultural rioplatense, debe aceptarse entonces que, pese a contar con estos elementos de juicio, el agudísimo crítico uruguayo decidiera pasar por alto el marcado perfil contrahegemónico del discurso barretiano? En tal caso, no resulta del todo claro cuales hubieran podido ser sus motivaciones. Sin embargo, es lícito pensar que, bajo el influjo de su pesimismo antiintelectualista, Rama pudo haber privilegiado una lectura parcial, sesgada e insuficiente de Barret, más interesada en resaltar las afinidades del escritor paraguayo con los ensayistas de su tiempo, que en reivindicar su ostensible criticismo; una lectura que, finalmente, fuera capaz de preservar el poder explicativo de su marco conceptual.

De acuerdo con esta hipótesis, la inclusión de Barret en aquella selección no haría más que poner en evidencia una de las consecuencias no deseadas del análisis Rama. Por lo pronto, no pocos indicios demuestran que el ensayista uruguayo acaba sugiriendo algo con lo cual, en realidad, no hubiera podido comprometerse. Porque, concretamente, si estos “escritores intelectuales” fueron responsables de la producción ensayística de mayor relevancia en el novecientos, nada parece avalar, sin embargo, la imputación del ejercicio de funciones “escriturarias”, entendidas, en el sentido de *La ciudad letrada*, como tareas de reproducción del poder hegemónico en el campo de las

postulaba la superioridad racial y cultural europea, condenando al mestizaje como continuidad de una barbarie originaria. En este sentido, no pudo menos que convertirse en heredero de la antinomia sarmientina. Cfr. Graciela Ferrás, *Extranjero, raza y simulación en el pensamiento de José Ingenieros*, Co-herencia, Vol. 3, REALYC, pp.144-145-158-159.

representaciones, que Rama dirige, *en bloque*, contra *todos* los ensayistas en cuestión. Rápidamente, podría proponerse la siguiente fórmula: cuanto más ambicioso y omniabarcante se muestra el enfoque del Rama, tanto más homogeneizantes y susceptibles de error resultan sus apreciaciones.

V. ¿Cómo dice... don Ángel?

A estas alturas, el problema puede presentarse con relativa sencillez. No se alcanza a observar de qué manera justifica Rama la decisión de homologar el discurso de Rafael Barret con el de escritores que, de manera más o menos abierta, se habrían mostrado solidarios con los intereses de los sectores dominantes. Y si Barret, con las excentricidades propias de un “joven del 98”¹¹, pudo compartir no pocas cualidades con los ensayistas mencionados, no deja de resultar paradójico, cuando no absolutamente inverosímil, el hecho de vincular (en los órdenes intra- y extratextuales) su díscola figura al poder hegemónico. Pero, ¿cuáles son los aires de familia que estos intelectuales comparten?, y, ¿de qué modo explica Rama su concepción del letrado modernista, como ideólogo del poder?

Es necesario avanzar sobre los mismos pasos del autor de *La ciudad letrada*. Si a los escritores del movimiento intelectual que acompañó la modernización, “en tanto ideólogos, les cabía la conducción espiritual de la sociedad, mediante una *superpolítica educativa* que se diseñó *contra la política cotidiana*, cuyas miserias se obviarían mediante vastos principios normativos”, sus notas definitorias (aquellas capaces de describir la conducta de estos escritores) parecen saltar a la vista del crítico uruguayo¹². Rama desgrana dos rasgos básicos e interdependientes del modelo que siguieron los

¹¹ “Por ‘juventud del 98’ no nos referimos a la etapa juvenil de la mas tarde llamada ‘generación del 98’ [...] sino al amplio y variado espectro de jóvenes con inquietudes artísticas e intelectuales que coinciden en el turbulento magma del final de siglo [...] y la clave hacia la que se aglutinan aquellas inquietudes, radica seguramente en la confluencia de dos voluntades de renovación radical: en lo estético y filosófico el *modernismo*, en lo social y político el *regeneracionismo*”. Cfr. Francisco Corral, *El pensamiento de Rafael Barret: un ‘joven del 98’ en el Río de la Plata*, www.cervantesvirtual.com, pp. 20-21.

¹² Parafraseando a Rama. En la medida en que el crecimiento socioeconómico de las sociedades latinoamericanas suponía la expansión del equipo intelectual, al servicio de los sectores dominantes que detentaban el poder el estatal, se iniciaba entonces un proceso de reconstrucción de la ciudad letrada que históricamente había funcionado como “anillo” protector del poder centralizado. Rama sugiere que la tendencia hacia la especialización de saberes “lejos de apartar a los letrados de la participación política, les ofrecería nuevos campos” de acción, al interior de los cuales pudieran asumir la “conducción espiritual de la sociedad” sin dejar de cultivar sus disciplinas específicas. Así pues, los escritores de la hora eligieron autorepresentarse mediante la imagen del medico o guía del espíritu, configurando un nuevo modelo de letrado como ideólogo del estado modernizador. A. Rama, *La ciudad letrada*, op. cit, p.118.

intelectuales de la hora. Un modelo que, cabe recordar, habría encarnado, sobretodo, en la tropa de los ensayistas (Rodó, Bulnes, ¡Barret!), más sensibles, intuye Rama, a los encantos del dogma importado que decretaba el liderazgo político inmanente a su condición de letrados. ¿Cuáles son aquellos rasgos?

En primer lugar, Rama explica detalladamente aquella *función ideologizante* ejercida por los escritores de la modernización, en continuidad con la tradición liberal inaugurada por los filósofos franceses (Renan, Guayau). Los letrados se pensaron como “nuevos sacerdotes de la humanidad” y pretendieron, por tanto, asumir la conducción espiritual de la sociedad. Rama apela a la frase predilecta de Rodó para ilustrar el proyecto de su generación: se trató, para ellos, de una “cura de almas”¹³. Y si los letrados modernos pretendieron autolegitimarse mediante esta función de nuevos guías en los asuntos espirituales (necesariamente políticos, insiste Rama), es porque la imagen les permitía sacralizar la figura del intelectual como último refugio de la sensibilidad humanista. Bajo el auspicio del poder, hicieron suya la tarea de contrarrestar los riesgos de la anomia social en sistemas democráticos incipientes, eminentemente materialistas, cuyo desarrollo económico no redundaba (no podía redundar) en una distribución igualitaria de la riqueza¹⁴.

Por otro lado, en tanto líderes pedagogos-espirituales de la humanidad, los letrados modernos asumieron un *enfoque universalista*: “fueron los internacionalistas de la hora, herederos en eso del liberalismo romántico”. Y si, familiarizados con los problemas internacionales, interpretaron las cuestiones regionales de acuerdo con los “marcos ideológicos” centrales, con ello propiciaron la “integración de América Latina en el discurso de occidente”¹⁵. Y esta alineación cultural con el centro no venía más que a secundar el proceso de integración económica apuntalado por la lógica neocolonial del capitalismo internacional. Rama advierte sobre los intentos de “construcciones sincréticas” que procuraron conciliar la “obligada” asunción del universalismo con la preservación de tradiciones internas. Reconoce que en esto fallaron más los ensayistas (que los poetas y novelistas), cuyas producciones, al inscribirse en un tipo de

¹³ Se ilusionaron con una medicina del espíritu, dice Rama. Y la empresa que antes, desde el descubrimiento, había pesado sobre las espaldas del “águila bicéfala (trono y tiara)”, a partir de la modernidad se vuelve responsabilidad del poder estatal auxiliado por sus cuadros intelectuales. Mediante el ejercicio de esta función ideologizante, estos no trabajaron, según Rama, sino para legitimar, en el orden simbólico, las nuevas condiciones sociales de dominación, el nuevo orden social jerárquico instaurado por el estado moderno. La tradicional funcionalidad de la ciudad letrada a los intereses de los grupos hegemónicos continuaría intacta. A. Rama, *La ciudad letrada*, op. cit, p.119.

¹⁴ L.Llach & P.Gerchunoff, *Entre la equidad y crecimiento*, Siglo XXI, Bs. As, Argentina, 2004 pp.72-74.

¹⁵ A. Rama, *La ciudad letrada*, op. cit, p.121.

textualidad que suponía un esfuerzo de interpretación de la realidad sociopolítica latinoamericana, resultaron más permeables a los modelos del pensamiento hegemónico, y, por tal razón, adoptaron con mayor facilidad sesgos “conservadores y centristas” que vanguardistas o americanistas¹⁶. Pero ¿qué sucede con Rafael Barret?

Si bien el modelo propuesto por Rama puede llegar a iluminar la fisonomía espiritualista y universalista del escritor paraguayo, quien se había formado, al fin de cuentas, en Francia e Inglaterra y era, por tanto, vástago fiel del clima cultural de la Europa finisecular, tiende a desvirtuar, en cambio, el carácter contestatario de su discurso. De esta manera, parece desdibujarse la figura de un Barret que, según recordó Emilio Frugoni, al principiar el novecientos había logrado ejercer “una influencia intelectual muy grande sobre los trabajadores de la Asunción, cuyas agitaciones acompañaba con la pluma sin rehuir compromisos ni peligrosas consecuencias”¹⁷. Es esta figura la que, frente al esquemático retrato de letrado moderno que pinta Rama, no puede menos que mostrarse enfáticamente hostil. Sin embargo, se impone seguir por el camino de Rama, con el objeto de poder contrastar la validez de sus apreciaciones a la luz de los textos y la praxis extradiscursiva del escritor paraguayo.

Concretamente, ¿de qué manera la ciudad letrada de la modernización se entregó a la tarea de justificar, apuntalar y promocionar el proyecto del estado liberal? ¿Cuáles fueron las armas y los medios que los letrados modernos utilizaron en su función de ideólogos? Según Rama, los escritores que se fueron sumando a la ciudad letrada, se aplicaron, básicamente, al ejercicio de *dos géneros literario-políticos* que cumplieron más en los periódicos que en los libros”¹⁸. Por un lado, el género *propagandístico* (o “agitprop”) contó con un mayor número de adeptos y se desdobló en dos vertientes simétricas: “defensa del régimen o agresión a sus enemigos”. Por otro, la *filosofía política*, como campo más erudito y más exclusivo (con menos cultores), aglutinó

16 Rama menciona a Rodó como ejemplo de la vertiente conservadora. Respecto de la otra, más progresista, sale al paso con Martí. Cfr. A. Rama, *La ciudad letrada*, op. cit, p.121. Y, sobre el ensayo como género literario que participa del discurso doxológico, cfr. C. Altamirano, “Ideas para un programa de historia intelectual”, en *Para un programa de historia intelectual*, Siglo XXI, Bs. As, 2005, pp.17, 19,20-23.

17 E. Frugoni, “Como conocí a Rafael Barret”, en *La sensibilidad americana*, Librería el Correo, Montevideo, 1929, p.204

18 Rama señala que los escritores lograron vincularse con el poder estatal de distintas maneras, ya sea como: funcionarios puros y duros; voceros de ocasión; adictos de turno; etc. A. Rama, *La ciudad letrada*, op. cit, p.126.

investigaciones históricas que pretendieron fundar teorías del estado adaptadas a las particularidades regionales¹⁹.

Son las obras mismas, entonces, plasmadas en estos géneros literario-políticos, las que muestran con elocuencia hasta qué punto los escritores modernos se atribuyeron esa “función de ideólogos” del poder hegemónico²⁰. Con todo, Rama no ignora el carácter ambivalente que pudo asumir el periodismo: en muchos casos, espacio relativamente independiente capaz de fomentar y difundir el pensamiento crítico en la pluma de un puñado de intelectuales más o menos heterodoxos. Pero, ¿cuál es la relevancia que Rama concede a estas voces críticas? Partiendo de sus categorías básicas, y a pesar de este tímido reconocimiento, no parece posible verificar la existencia de prácticas discursivas contrahegemónicas. Con el agravante de que se trata de un periodo de cambios, como el del novecientos, en el que, entre otras variables, emergen nuevos actores sociales²¹. La escritura y la praxis política de Rafael Barret, en tanto socialmente comprometidas, asumen el cariz de esas voces críticas no relevadas por el análisis de Rama.

Tal como la lente de Rama encuadra los compromisos de la ciudad letrada con el estado modernizador, parece obturar todo intersticio de resistencia u oposición al régimen. Desde su enfoque, simplemente alcanza con probar que el periodismo fue *normalmente* un instrumento de dominación al servicio del poder hegemónico²². Rama

¹⁹ Rama destaca la calidad de los análisis conservadores esbozados por la mayoría de los exponentes del género.

²⁰ Rama piensa en Darío como caso ejemplar. Pero también en Rodó, para quien la politización del intelectual era algo natural, era una “derivación normal del ejercicio de las letras”. Rodó llegó a explicar esa inclinación en términos de una fatalidad del oficio, no necesariamente negativa, con tal de no renunciar a las propias convicciones. Pero Rama, lejos de ilusionarse, explica que era su sola condición de “ilustrados” la que los destinaba “fatalmente” a la dirigencia política de sociedades incipientemente democráticas.

²¹ En palabras de Claudia Gilman, “[...] la alfabetización creciente, la incorporación de nuevos lectores y letrados al sistema inicial de la ‘ciudad ordenada’, debe generar nuevas relaciones y oposiciones en lugar de congelarse en una diferencia primera y cuasi ontológica. Si eso sucede en *La ciudad letrada* es debido a un pesimismo histórico que tiende a pensar la continuidad de manera reproductivista, sin alternativas de cambio [...]”. C. Gilman, “América Latina, ciudad, voz y letra”, en *Prismas: revista de historia intelectual*, n° 10, Bernal, UNQ, 2006, p.160

²² El caso del México del porfiriato y su “política de subsidios” es particularmente ejemplar para Rama, quien, de manera general, se refiere a una actualización del viejo “ceremonial de mutuas atracciones”. Tradicionalmente, el ansia de los letrados respecto de su inclusión en una ciudad letrada que trabaja para el poder y, a la vez, la voluntad de los sectores dominantes de lograr la cooperación letrada. Ante el fortalecimiento del estado, quienes detentaban sus privilegios gozaron de mayores recursos para perpetuarse en el poder; entre otras estrategias, mediante la cooptación de servidores intelectuales procedentes de las elites engrosadas por efectivos de una clase media en lento desarrollo. Esas elites culturales ampliadas, merced a los resortes del incipiente sistema de educación pública, fueron cada vez más conscientes del rol de los organismos del poder estatal (burocracia administrativa; sistema educativo; diplomacia; etc.) como destinos que reclamaban y posibilitaban el ejercicio de sus capacidades. Sin contar

parece no advertir la existencia de contraejemplos capaces de provocar una suerte de chirrido en su teoría. Y, habida cuenta de que Barret no se dejó seducir ni claudicó frente a un poder que muchas veces no dudó en sancionarlo o criminalizarlo, bien puede representar, entonces, uno de estos casos anómalos que Rama no parece dispuesto a reconocer. Como advierte David Viñas, a diferencia de otras literaturas anarquistas (Almafuerte, Gerchunoff), inofensivas para los intereses de la oligarquía, la de Barret se “radicaliza para convertirse en una ‘literatura de límites’ y se conjuga con una praxis real” que acaba por tornarla subversiva e intolerable para el orden establecido²³.

En suma, parafraseando a Rama: los escritores modernistas, principalmente los ensayistas, se asumieron como ideólogos y aceptaron ser los voceros de un poder estatal en manos de las clases propietarias²⁴. ¿Cómo? Principalmente, merced al ejercicio de aquellos dos géneros literario-políticos, a través de los cuales dieron forma a un universalismo abstracto, despolitizante y pretendidamente integrador, que no hizo más que legitimar el nuevo orden social jerárquico impulsado por el estado moderno. Ahora bien, so pena de resultar inconsistente, el planteo de Rama debe poder reflejarse en los artículos periodísticos y en los ensayos de Rafael Barret.

VI. La heterodoxia en el periodismo de Barret

La trayectoria del escritor paraguayo, trazada por su corta praxis político-literaria²⁵, parece empeñada en contradecir a Rama. El ensayista uruguayo observa que,

las “típicas profesiones liberales (abogacía, medicina)” que no dejaron de vincularse a ese poder central. A. Rama, *La ciudad letrada*, op. cit, p.129 ss.

²³ D. Viñas, *Literatura y política: de Lugones a Walsh*, Sudamericana, Bs. As., pp.43-44. Quizás no resulte descabellado aplicar a Rafael Barret la fórmula mediante la cual el ex-codirector de *Contorno* piensa la evolución de la praxis de Rodolfo Walsh: “A mayor criticismo y heterodoxia, mayor riesgo de sanción”.

²⁴ Las oligarquías rurales tradicionalmente conservadoras y las incipientes burguesías capitalistas de cuño liberal.

²⁵ Barret desembarca en Buenos Aires, procedente de España, en 1903. Colabora en *El Diario Español*. Es despedido por su artículo *Buenos Aires*. Probablemente obligado por la aplicación en su contra de la flamante Ley de Residencia, Barret marcha hacia el Paraguay. Allí se radica, contrae matrimonio y se convierte en escritor. En principio trabaja de lo que puede, en base a sus conocimientos profesionales (Ingeniería). Deviene figura del medio cultural de Asunción. Mantiene una intensa actividad periodística. Ofrece una serie de conferencias a los obreros y funda el semanario *El Germinal*. En 1908 es deportado a raíz de su firme oposición a la tiranía del coronel A. Jara. Luego de una breve estadía en Corumbá, Brasil, parte en nuevo exilio hacia Montevideo. Se involucra en la vida intelectual uruguayo. Entre otros, traba amistad con E. Frugoni. Colabora en varios diarios. En 1909 se publica su primer libro, *Moralidades actuales*. Al tiempo retorna al Paraguay y se reencuentra con su familia. Gravemente enfermo de tuberculosis, se dirige a Francia en busca de una mejoría en su salud. Barret muere, tan solo con 34 años,

mientras el letrado moderno consiguió cierto ascendiente sobre el público educado, las masas incultas, los sectores que más padecieron los estragos de la modernización económica, alentada por los mismos letrados al servicio del estado burgués, se mantuvieron fieles a la iglesia o a alguna de sus sectas, y siguieron viendo en los sacerdotes religiosos a los auténticos guías espirituales²⁶. Pero este sistema de oposiciones binarias es incapaz de dar cuenta de la praxis barretiana. Lejos por igual de ambos extremos, de la figura del religioso y de la del “doctor”, aunque revestido de los aires de sacerdote laico que, ahí sí, bien remarcará Rama, Rafael Barret se dedicó a interpelar a los sectores de poder, mediante la incesante denuncia del sometimiento de los desheredados mudos. Y si escribió, mientras pudo, en innumerables diarios burgueses, Barret mantuvo una estrecha relación con los sectores populares. Escribió sobre temas de actualidad, claro. Pero lo hizo desde su célebre sensibilidad hacia el dolor ajeno que lo llevó a rechazar las arbitrariedades del sistema, a censurar las injusticias del poder. Varios intentos de asesinato en su contra, sucesivas detenciones, generalmente seguidas de tortuosos encarcelamientos, y varios exilios, informan claramente sobre los serios costos, tanto profesionales como personales, que Barret debió afrontar²⁷.

Mientras, desde la idílica visión sostenida por los adalides del nacionalismo romántico, se insistía en retratar al pueblo paraguayo, a la ciudad real, diría Rama, como sumido en la prodigalidad de un anacrónico estado de naturaleza, el discurso “librepensador” de Barret se propuso desnaturalizar el orden social establecido, desocultar sus condiciones materiales y simbólicas de producción. Su esfuerzo, tal como lo reconoce Augusto Roa Bastos, se cifra en la irrenunciable tarea de “desenmascaramiento ideológico” del poder.

Pero Barret no perdió la ocasión de interpelar a esa intelectualidad convenientemente miope y urbana, que, no sin una buena dosis de cinismo, podía hablar de la felicidad de “los que andan descalzos y medio desnudos”. “Si queréis ver a ese pueblo -increpó Barret-, cara a cara, si queréis tocar y oler esa carne que suda y que sufre, no tenéis necesidad, no, de que yo os lleve a las soledades de Yabebyry. Id a

en 1910, en Arcachón. Cfr. R. Barret, *Cartas Intimas*, Biblioteca Artigas, Montevideo, 1967. Prólogo e introducción

²⁶ Rama pone el ejemplo de A. Consejero y su sequito de sertanejos en Canudos.

²⁷ Cfr. R. Barret, *Cartas Intimas*, Biblioteca Artigas, Montevideo, 1967. Introducción pp.6-7. Y también, cartas XVIII-XX, pp. 26-29

vuestra cocina, oh doctores [...]”²⁸. Barret no se vanagloriaba. Sencillamente sabía lo decía. Se había internado cerca de un año en la campaña paraguaya, en las profundidades de esa alteridad que los “doctores” desconocían, o de la que eran cómplices, lo cierto es que no se habían abismado, como Barret, allí, en Yabebyry, para estudiar de cerca el sistema esclavista de producción yerbatera. Y sobre la base de su investigación escribió ese gran panfleto social, *Lo que son los yerbales*, que se publicó por entregas, en varios artículos. Allí denunció las razones políticas y económicas del trabajo esclavo. Y si no se privó de ensayar una psicología sutil de las víctimas de la explotación yerbatera, si se permitió asumir la voz de estos oprimidos silenciosos, no fue sino para poner en evidencia a los perpetradores, para explicitar las responsabilidades de los grupos de poder involucrados.

Hay que ser claros en esto: Barret denunció incansablemente diversas injusticias, pero no se hizo demasiadas ilusiones respecto de los efectos de su pluma. Dudó, con razón, de su alcance en los cenáculos del poder. Es cierto: a veces, no sin una pizca de ingenuidad, pudo extrañarse de que sus vehementes denuncias no tuvieran alguna repercusión en las altas esferas de la política rioplatense. Pero estas veleidades fueron generalmente aplacadas por su escepticismo antiestatista, por su íntima convicción de que la “cuestión social” no podía tramitarse por los canales parlamentarios de un sistema político que no hacía más que legitimar las desigualdades sociales a través de su burocracia institucional²⁹. ¿Qué podía entonces esperar de “políticos y negociantes”, de funcionarios gubernamentales, un hombre como Barret? Más temprano que tarde comprendió que la principal desventaja que le imponía el Paraguay era la ausencia de la más rudimentaria opinión pública. Pero no se desanimó. Con un estilo directo, lacónico y epigramático, los escritos de Barret bramaron sin descanso el “dolor paraguayo” y consiguieron incomodar a una oligarquía vernácula que debió acudir a la censura gubernamental³⁰.

²⁸ R. Barret, “No mintáis” en *El dolor paraguayo*, op. cit, p. 176. También, “Lo que he visto”, pp.54-55

²⁹ “Una ilusión común es la de las formas de gobierno -dice Barret-. Se cree disminuir la tiranía suprimiendo al tirano, y establecer la libertad por un decreto. Se supone que la figura de la vasija cambia la naturaleza del líquido, y que una constitución y un parlamento sirven para algo” (R. Barret, “De política” en *El dolor paraguayo*, op. cit.). Y, en otro artículo: “Las leyes y las constituciones que por la violencia gobiernan a los pueblos son falsas. No son hijas del estudio y del común asenso de los hombres. Son hijas de una minoría bárbara, que se apoderó de la fuerza bruta para satisfacer su codicia y su crueldad. [...] Una ley que necesita del gendarme usurpa el nombre de ley” (*Mi anarquismo*, “Obras Completas”, RP-ICI, Asunción, Vol. II, p. 132)

³⁰ Cfr. R. Barret, “Bajo el terror” en *El dolor paraguayo*, op. cit, pp.117-118. También, R. Barret, *Cartas Intimas*, op. cit, Carta XXV, pp. 29-32

Las siguientes intervenciones periodísticas de Barret, no dejaron de reflejar ese abnegado compromiso personal con las masas oprimidas bajo el yugo latifundista-empresarial. Barret no escribió para congraciarse con una intelectualidad mayormente adicta al poder: “[...] no escribo para vosotros, sino para aquellos de mis dolientes hermanos paraguayos que han aprendido a leer”³¹.

VII. La literatura de ideas en Rafael Barret

Si, como afirma Rama, las elites letradas, en la puesta en práctica de esos dos géneros literario-políticos, atendieron más a la formación de cuadros dirigentes que a las necesidades sociales de su comunidad, entonces el caso del paraguayo por adopción se vuelve especialmente anómalo. Pero ¿desde qué lugar escribe Rafael Barret? ¿De qué manera se puede caracterizar su *yo enunciativo*? ¿Cuáles fueron las bases intelectuales de su prédica revolucionaria? ¿Si no se puede hablar, como parece implicar Rama, de rol “propagandístico” en la pluma de Barret, cuál fue la matriz ideológica de su pensamiento? ¿Puede hablarse de teoría o filosofía política en la ensayística de Barret?

El discurso barretiano abreva en un anarquismo de cuño campesino y, a la vez, toma ciertos aspectos básicos del anarcosindicalismo³². En lo primero, la proximidad con el pensamiento de Leon Tolstoy se vuelve inobjetable. Ambos no vacilaron en criticar la esterilidad social de las elites intelectuales y en adjudicarles (y adjudicarse) un insoslayable compromiso con las necesidades espirituales de sus comunidades. En

³¹ Cfr. R. Barret, “No mintáis” en *El dolor paraguayo*, op. cit., p.177. Sin embargo, cabe apuntar que su pluma supo ganarse el reconocimiento de muchos de los escritores más celebres de su tiempo. Entre otros, baste mencionar a J. Rodó, C. Vaz Ferreira, V. Díaz Pérez, y al mismo E. Frugoni. Resulta particularmente interesante la manera en que Rodó exalta la heterodoxia en Barret. El autor del *Ariel* observa que la ironía y el escepticismo de Barret, expresan la defensa de un sólido ideal humanista frente a un orden social burgués injusto. Pero la injusticia que ataca Barret, es la de la desigualdad, antes que nada, material, de orden ideológico. Esa que exige una masa explotada (desposeída) en beneficio de una clase propietaria y ociosa. Para un intelectual como Rodó, que protesta contra el sesgo utilitario que suponen las democracias capitalistas, guiadas por el falso ideal de la prosperidad material, en detrimento de buenos valores cuasi-aristocráticos, y, a la vez, que se sitúa voluntariamente al margen de toda crítica radical del sistema, para un Rodó, entonces, no queda claro el lugar concreto (el *yo enunciativo*) desde el cual puede llegar a solidarizarse con el discurso barretiano, sin incurrir en un mero ademán declamatorio en una miope, aunque merecida, ponderación de estilo. Cfr. J. Rodó, “Las ‘moralidades’ de Barret”, *El mirador de prospero*, Tomo II, Biblioteca Artigas, Montevideo, 1965, pp. 149-151

³² El anarquismo campesino de Barret se hace patente, principalmente, en su adscripción a la idea de ayuda mutua como elemento de cohesión social; en el rechazo de toda autoridad externa (del poder político, económico, cultural); y, en menor medida, en esa actitud antiintelectualista que tiende a ponderar la fuerza regeneradora del trabajo físico. Por otra parte, su antipoliticismo militante y su adhesión a la idea de la huelga general como instrumento privilegiado de la lucha revolucionaria, remiten al corpus doctrinario del anarcosindicalismo. Cfr. I.L. Horowitz (comp.), *Los anarquistas*, Tomo 1, Alianza, Madrid, España, 1982, Introducción, pp. 34-40

este sentido, consideraron insostenibles las razones que pretendieron justificar la “ciencia por la ciencia” y “el arte por el arte”. Finalmente, los dos vieron en la institución de la propiedad privada el origen de la opresión social³³.

En lo segundo, puesto que la matriz de las ideas barretianas procede, también, de una lectura heterodoxa del materialismo histórico³⁴, resultan notables las semejanzas con el pensamiento de Jorge Sorel. Más allá de las numerosas coincidencias, tanto en el pensamiento (principalmente, la común influencia del vitalismo bergsoniano) como en el estilo (el característico tono satírico), en concreto, Barret advirtió, al igual que el francés, la potencia revolucionaria de la noción de huelga general. Coincidieron en que la importancia de la huelga general, en tanto mito o imagen-fuerza capaz de condensar las aspiraciones básicas del socialismo obrero, radicaba precisamente en su carácter movilizador respecto del proletariado. Descalificando las objeciones que apuntaban a sus presuntas dificultades prácticas, ambos exaltaron las virtudes del mito como elemento de cohesión y de acción revolucionarias, en la medida en que permitía evocar, de un solo golpe, la esencia de una doctrina que el lenguaje era incapaz de expresar tan claramente³⁵. Barret trató el tema con detenimiento en la segunda de las conferencias que dictó, a mediados de 1908, a los obreros paraguayos. En el mismo año en que se publicó *Reflexiones sobre la violencia*. Sin embargo, no quedan dudas de que Barret, quien, al decir de su propia esposa, “poseía varios idiomas, y escribía mejor en francés y

³³ Según el eremita ruso, “antes el trabajo ajeno era usurpado por la fuerza, con la esclavitud; hoy en nuestro mundo, eso se hace a través de la propiedad”. Por su parte, agrega Barret, más enfático, acerca de la vigencia de la esclavitud: “Los tiranos antiguos la sellaban con sangre; los modernos acaparadores, de casi todas las naciones civilizadas, la sellan con oro, algunos, tontamente románticos, amordazan el pensamiento”. Cfr. L. Tolstoy, “¿Qué hacer?”, en I.L. Horowitz (comp.), “*Los anarquistas*”, op. cit p.276-293 En relación con R. Barret, “La instrucción y la política” y “La cuestión social” en *El dolor paraguayo*, op. cit, p.102 y pp. 141 y 152.

³⁴ Barret reconoció ciertas limitaciones del socialismo científico. Pero lejos de ver allí la prueba de su falsedad, entendió que a partir de ellas era posible depurarlo y mejorarlo en tanto instrumento teórico. Si Marx “estudió la lucha de clases en frasco cerrado” y, por tanto, algunos de los fenómenos que derivan de sus análisis no se han observado (v.g.: la pauperización del proletariado), bueno, esto no suponía la obligación de desechar de un plumazo la noción de lucha de clases como motor de la historia. Tales rectificaciones, asegura Barret, sirven para precisar aún más el campo de aplicación de la doctrina o para aumentar su eficacia. Por lo demás, Barret rescató la utilidad del materialismo histórico frente a la miopía intelectual de ciertos “doctores” que insistían en la imagen de un Paraguay socialmente primitivo, despolitizado, en el que eran los obreros quienes imponían “condiciones y exigencias a los patronos” (!) Cfr. R. Barret, “La cuestión social” en *El dolor paraguayo*, op. cit, pp. 143-144 y 151.

³⁵ Esencialmente, como ambos reconocieron, la doctrina socialista remite a la completa aniquilación del régimen capitalista, a través de la lucha de clases. Cfr. J. Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*, Madrid, España, 1915, pp.121-133. En relación con, R. Barret, “La huelga” y “La cuestión social” en *El dolor paraguayo*, op. cit, pp.83-87 y pp. 147-148.

en inglés que en castellano”, más tarde o más temprano tomó contacto con las ideas de Sorel, así como con las de muchos partidarios del sindicalismo revolucionario³⁶.

Y si Barret pudo estudiar y denunciar el trabajo esclavo en la industria yerbatera, si pudo instruir, no sin humildad, a los obreros acerca del carácter emancipatorio de la huelga general, oportunamente, también desmontó metódicamente el terrorismo estatal que se ocultaba tras el aparente “bienestar colectivo” de las repúblicas *demoburguesas* del Río de la Plata. En su ensayo *El terror argentino*, Barret impugnó la conducta de los “doctores” vernáculos por ignorar las urgencias sociales “con la hipocresía o el mutismo de las conciencias compradas”, y elogió la figura del inmigrante, ese “inmenso no-yo” (otro) al que los sectores acomodados con ascendiente gubernamental no dudaron en criminalizar cuando, paradójicamente, le debían su posición y riqueza³⁷.

Hay que decirlo claramente: en Barret puede leerse al “anti-Lugones” o al “anti-Darío”. En efecto, en lugar de alabar las grandezas de la nación Argentina durante las celebraciones del centenario, prefirió demostrar sus iniquidades estructurales, pintando un panorama más bien sombrío. Para ello, unas pocas pinceladas certeras fueron suficientes: el vasto y despoblado territorio argentino en manos de una oligarquía ociosa; la clase trabajadora legalmente excluida de la propiedad territorial; la proporción inversa entre salario y renta: la caída del primero en contraste con el aumento de la propiedad. En suma, la concentración de la riqueza por virtud de la organización latifundista de la economía (extractiva, de base agrícola-ganadera, cuya producción no estaba sino orientada al mercado externo según los dictámenes del modelo agroexportador). Para Barret, finalmente, la independencia no había hecho más que mantener y legitimar, bajo otra forma, los privilegios de los sectores terratenientes³⁸.

VIII. A modo de conclusión

Más allá de la posibilidad de pensar a Rafael Barret, *rara avis* de la época, de acuerdo con el mito del intelectual crítico, importa la cuestión de diferenciar su

³⁶ R. Barret, “La cuestión social” en *El dolor paraguayo*, op. cit, p. 147.

³⁷ Desde la óptica de Barret, la moderna Buenos Aires entrañaba un estado de desigualdad social legitimado por sus instituciones democráticas. El bienestar era solo privilegio de la clase propietaria. Barret arremetió entonces contra el terrorismo judicial y policial del estado argentino; contra un poder oligárquico y burgués que, a través de leyes bárbaras y anacrónicas, como la Ley de Residencia (o Ley Cané, sancionada en 1902 y derogada en 1958), criminalizaba la pobreza y mutilaba al incipiente movimiento obrero, mediante el destierro de militantes extranjeros (anarquistas y socialistas). Cfr. R. Barret, “El terror argentino” y “El estado y la sombra” en *El dolor paraguayo*, op. cit, p.218-220 ss.

³⁸ R. Barret, “El terror argentino” en *El dolor paraguayo*, op. cit, p.207 ss.

escritura, reflejo de una praxis político-cultural relativamente autónoma y liberadora, de la del letrado moderno funcional al poder. Barret hizo política a través de una pluma que no se mostró solidaria sino con la causa de los desheredados. En consecuencia, fácilmente se puede convenir en que su discurso no se deja aprehender por la malla conceptual del enfoque de Rama. Y es que su desempeño profesional en el medio cultural rioplatense mal puede ser asimilado al de ensayistas que cumplieron un rol de reproducción simbólica del poder. Al decir de Augusto Roa Bastos, Barret “comprendió desde el principio que no podía limitarse a enseñar a las nacientes generaciones [...] todo el aparato de la cultura tradicional en un contexto deculturado, desestructurado en todos los órdenes: la mayoría de la población sumida en el analfabetismo y la miseria”³⁹.

Si el concepto de letrado moderno permite iluminar aspectos centrales del rol sociopolítico desempeñado por las elites culturales latinoamericanas en los albores del novecientos, no deja de revelar importantes deficiencias toda vez que, como lo prueba el caso anómalo de Barret, se muestra incapaz de reconocer prácticas contrahegemónicas más o menos significativas al interior de esas mismas elites. Finalmente, para echar mano de una metáfora cinematográfica, puede decirse que Rama acaba emblocando a Rafael Barret junto a los demás ensayistas, arrastrado por una deliberada actitud continuista que lo obliga a efectuar un recorte panorámico masificador u homogeneizador de los actores históricos, que le impide sopesar el carácter transgresor de genuinas trayectorias anómalas⁴⁰.

IX. Bibliografía

Altamirano, C., “Ideas para un programa de historia intelectual”, en *Para un programa de historia intelectual*, Siglo XXI, Bs. As, 2005.

----- “La lección de escritura” en *Prismas: revista de historia intelectual*, nº 10, Bernal, UNQ, 2006.

Barret, R., *El dolor paraguayo*, Biblioteca Ayacucho, Venezuela, 1978.

³⁹ A. Roa Bastos, “Rafael Barret: descubridor de la realidad social del Paraguay” en R. Barret, *El dolor Paraguayo*, op. cit., P. XXII.

⁴⁰ Cfr. C. Gilman, op. cit, p. 158. “El problema reside, en la apretada continuidad, en el marco histórico y respetuoso de la cronología que Rama desea dar a su discurso. Su método argumentativo se aparta de toda analítica de la ruptura, el corte, el límite que no estén dados por acontecimientos ‘mayores’: la colonización, las guerras de emancipación, los festejos del centenario, etc.”.

- Barret, R.**, *Cartas Intimas*, Biblioteca Artigas, Montevideo, 1967.
- Corral, F.**, *El pensamiento de Rafael Barret: un 'joven del 98' en el Río de la Plata*, www.cervantesvirtual.com
- Ferrás, G.**, *Extranjero, raza y simulación en el pensamiento de José Ingenieros*, Coherencia, Vol. 3, REALYC.
- Frugoni, E.**, “Como conocí a Rafael Barret”, en *La sensibilidad americana*, Librería el Correo, Montevideo, 1929.
- Gilman, C.**, “América Latina, ciudad, voz y letra”, en *Prismas: revista de historia intelectual*, nº 10, Bernal, UNQ, 2006.
- Horowitz, I. L.**, (comp.), *Los anarquistas*, Tomo 1, Alianza, Madrid, España, 1982.
- Llach, L. & Gerchunoff, P.**, *Entre la equidad y crecimiento*, Siglo XXI, Bs. As, Argentina, 2004.
- Rama, A.**, *La ciudad letrada*, Fundación Ángel Rama, Montevideo, 1984.
- Rodó, J. E.**, “Las ‘moralidades’ de Barret”, *El mirador de prospero*, Tomo II, Biblioteca Artigas, Montevideo, 1965.
- Sorel, J.**, *Reflexiones sobre la violencia*, Madrid, España, 1915.
- Viñas, D.**, *Literatura y política: de Lugones a Walsh*, Editorial sudamericana, Bs. As, 1996.